

LA CULTURA COMO FRONTERA

Un viaje al interior de las letras santiagueñas

Colección Convergencias

UNIVERSIDAD NACIONAL DE SANTIAGO DEL ESTERO

AUTORIDADES

RECTORADO

rectora
Lic. Natividad NASSIF
vicerrector
Dr. Carlos Raúl LÓPEZ

SECRETARÍAS

secretaria General
Ing. Agr. Msc. Claudia
Alicia DEGANO

secretario Académico
Prof. Víctor Hugo LEDESMA

secretaria de Administración
Mg. María Mercedes DÍAZ

secretario de Ciencia y Técnica
Dr. Publio ARAUJO

secretario de Planeamiento
Universitario
Arq. Luis RIGHETTI

secretaria de Extensión
Universitaria
Biól. Amelia N. GIANNUZZO

secretaria de Bienestar
Estudiantil
Lic. María Luisa ARAUJO

COORDINACIÓN

Área de Relaciones
Interinstitucionales
Ing. Juan Carlos SERRANO

FACULTADES

AGRONOMÍA Y
AGROINDUSTRIAS
decano
Ing. José Manuel SALGADO
vicedecano
Dr. José Francisco MAIDANA

CIENCIAS EXACTAS
Y TECNOLOGÍAS
decano
Ing. Héctor Rubén PAZ
vicedecano
Ing. Pedro Juvenal BASUALDO

CIENCIAS FORESTALES
decano
Dr. Víctor Hugo ACOSTA
vicedecana
Lic. Elsa del Valle IBARRA

HUMANIDADES, CIENCIAS
SOCIALES Y DE LA SALUD
decana
Mg. María Mercedes ARCE
vicedecano
Lic. Hugo Marcelino LEDESMA

ESCUELA PARA LA
INNOVACIÓN EDUCATIVA
directora
Dra. Eve Liz CORONEL

COMITÉ ACADÉMICO

Ing. Ada S. ALBANESI

Dr. Alejandro AUAT

Ing. Agr. Msc. Claudia DEGANO

Biól. Amelia Nancy GIANNUZZO

Ing. Myriam LUDUEÑA

Ing. Roberto Enrique PINTO

Dra. María Adriana VICTORIA

Lic. Estela VILLAVICENCIO

José Andrés Rivas

LA CULTURA COMO FRONTERA

Un viaje al interior de las letras santiagueñas



Rivas, José Andrés

La cultura como frontera: un viaje al interior de las letras santiagueñas - 1a ed. - Santiago del Estero: Universidad Nacional de Santiago del Estero - UNSE, 2014.

230 p.; 21x15 cm.

ISBN 978-987-1676-17-0

1. Estudios Literarios.
CDD 807

Fecha de catalogación: 11/08/2014



**Coordinación de Comunicaciones y Medios Audiovisuales
de la Universidad Nacional de Santiago del Estero**

Directora: María Eugenia Alonso

Directora editorial: Ester Nora Azubel

Corrección: Marta Graciela Terrera

Diseño editorial y maquetación: Noelia Achával Montenegro

Diseño de tapa: María Eugenia Alonso

© **EDUNSE**, 2014

Av. Belgrano (S) 1912 - G4200ABT

Santiago del Estero, Argentina

email: infoedunse@gmail.com

http://www.unse.edu.ar/edunse

ISBN 978-987-1676-17-0

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros publicados por **EDUNSE** incumbe exclusivamente a los autores firmantes y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista ni de la Coordinación de Comunicaciones y Medios Audiovisuales, ni del Comité Académico u otras autoridades de la Universidad Nacional de Santiago del Estero.

La reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma que sea, por cualquier medio, sea éste electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia no autorizada por los editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente autorizada.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

*A Juan, a quien le hubieran
gustado estas páginas*

*A Jeremías,
Juan,
Mateo,
Gonzalo,
Lucía y
Nicolás,
porque nos llevan con ellos*

*A Rosa y Lucho Schwarz,
amigos lejanos tan cercanos*

ÍNDICE

EL ORIGEN DE ESTAS PÁGINAS.....	15
ENSAYOS.....	25
Literatura santiagueña: de la difícil fijación de los límites.....	27
Un epígono del 80: Pablo Lascano.....	33
Historia y violencia en las letras santiagueñas: la <i>Agustina</i> de Francisco M. Viano.....	51
El poeta Bernardo Canal Feijóo.....	77
El mundo rural santiagueño en los relatos de Jorge Washington Ábalos.....	97
"¡Tu largo corazón se ha vuelto río!".....	129
Las palabras preliminares de <i>Shunko</i>	141
Los cuentos de Don Andrónico.....	165
El discreto encanto de la vida provinciana.....	175

MEMORIAS.....	187
Horacio Germinal Rava.....	189
¿Qué estás leyendo, Juan Carlos?.....	199
Aquellos <i>Cuadernos de Cultura</i>	203
El hombre de las vastas preguntas.....	205
Carlos Manuel no está.....	209
El hombre que escribía coplas y sonreía.....	213
In memoriam Octavio Corvalán.....	217
Aquel profesor búlgaro.....	221
 BIBLIOGRAFÍA.....	 223

EL ORIGEN DE ESTAS PÁGINAS

No sé cuántas veces hablamos con Julio Urtubey del sentido de dos versos memorables que había escrito: “Inútil fue que el sexo de mis padres tratara de borrar las fronteras. / Aún dentro de mi sangre hay un combate”. Julio creía apasionadamente que no solo adentro de él había un profundo conflicto entre dos razas –la sangre americana de la madre y la europea del padre– sino que él mismo se reflejaba hasta en los detalles menores de la vida cotidiana. Era infructuoso que yo le propusiera como ejemplo la narrativa de Jorge Washington Ábalos o le recordara que en sus primeros cuatro poemarios su muy admirado Bernardo Canal Feijóo había podido presentar el tránsito entre una y otra cultura con una tonalidad más serena. Para Julio seguía el combate y sobre él volvíamos en alguna próxima charla.

Más allá de aquella apacible polémica de hace tantos años, o tal vez influido por ella, he creído encontrar en reiteradas lecturas de los libros santiagueños la presencia

de aquella frontera. A veces, como una línea borrosa que tal vez no vemos; otras, como una grieta que nos señala el comienzo o el final del lado de aquí y el lado de allá. Es una constante que estaría escondida debajo de la piel de nuestros libros. Su configuración, sin embargo, suele ser más profunda, sutil y compleja y la felicidad de un texto puede provenir –como en la pintura japonesa– no del arte de trazar esa línea, sino de borrarla.

Sobre las diversas formas de esa configuración, de los modos como cada uno de sus autores dibujaron o borraron esa frontera, tratan los diversos artículos –esta silva de varia lección– que conforman las páginas de este libro.

El primero de ellos es una aproximación a este problema. En última instancia se trata de responder a la pregunta ¿de qué hablamos cuando hablamos de literatura santiagueña? Confieso que, a lo largo de ya muchos años, reiteré esta misma pregunta a mis alumnos al comienzo de mis clases y generalmente me respondió el desconcierto: ¿Es la literatura que se escribe en Santiago? ¿La que describen quienes nacieron en esta provincia? ¿O es aquella cuyo escenario es la geografía de esta tierra? Sin olvidar la más ingenua: ¿Es la que habla de los mitos y leyendas santiagueñas? Estas solían ser las respuestas más frecuentes. El propósito de este artículo –que había escrito y olvidado hace muchos años y que gracias a que uno de los mejores poetas de Santiago que lo había generosamente conservado, recuperé– intenta responder a esa pregunta.

Como la de otros grandes escritores santiagueños, la obra de Pablo Lascano marcó un momento de transición en la vida de la provincia. Comparto –mejor dicho, me sumo– al juicio de Bernardo Canal Feijóo y Horacio Germinal Rava de que con él se inicia la literatura moderna en estas tierras. Es el primer escritor que tiene conciencia de su oficio el que le otorga un sentido y se preocupa por la forma de la escritura. Creía, como su desconocido maestro William James, que escribir bien y claramente es una de las

formas de la buena educación. Sus páginas nos muestran una literatura esperanzada que creía, muy ingenuamente, que los aportes del progreso les darían una vida mejor a sus comprovincianos. Esas páginas nos permiten descubrir las formas que tomó el pensamiento del 80 al llegar a estas tierras. En este sentido su aporte es el que mejor representa ese momento. Sin embargo, lo que más nos entenece es la profunda nostalgia que nos transmiten sus páginas. El futuro ya está aquí, por él podemos ir a un mundo mejor, sugiere y escribe, pero qué grato, sin embargo, era el tortuoso traqueteo de las viejas galeras, la presencia de las cholas tucumanas del mercado que se iban “barridas por el progreso”, los fantasmas queridos u odiados de la historia reciente y el melancólico sabor de la decadencia.

Dentro de las páginas de este libro tal vez las dedicadas a la *Agustina* de Francisco M. Viano serán las menos olvidables. Siempre me fascinó el destino de aquel tan cordial, generoso y apacible profesor de contabilidad, al que Orestes Di Lullo, como muchos de quienes habían sido sus alumnos, recordaba con singular afecto. Nacido en una geografía muy diferente y lejana, sin muertos de su sangre en esta tierra, con muy poco conocimiento del oficio de escritor, intentó escribir un “modesto ensayo literario” sobre un sonado episodio de la historia santiagueña del siglo XIX –tal vez para afirmar la hagiografía de su familia política– y terminó escribiendo la que sería la primera novela de la provincia. Los pocos contemporáneos que la leyeron no fueron muy generosos con ella. Ajeno a las menudencias de la fama, Viano siguió siendo el mismo hombre amable y el generoso profesor que todos conocían. Nunca se consideró un escritor. Apenas había sido el hombre que en sus páginas había abierto los caminos para el relato histórico de la provincia, el dibujo del caudillo u hombre fuerte tan frecuente en las letras del continente, la ruptura de las fronteras entre la ficción y la no ficción, el reflejo de la postergada situación de la mujer en estas tierras, las experiencias de la locura y el terror, y la ciudad

como un personaje de múltiples cabezas como una metáfora del infierno.

Si preguntamos quién era Bernardo Canal Feijóo es posible que la mayoría de quienes lo leyeron, o al menos oyeron hablar sobre él, recuerden su condición de ensayista o lo reduzcan a ser apenas un filósofo lugareño. Este apresurado juicio peca no solo por ser inexacto, sino fundamentalmente por ser pobre e ingenuo, ya que además de su formidable producción sobre la problemática santiagueña, Canal fue también dramaturgo y un poeta que revolucionó ambos géneros. El segundo de estos rostros es el que aparece en las páginas de mi siguiente artículo. En él abordo su costado poético y trato de mostrar la evolución que tuvieron sus poemarios. Los mismos nos muestran, espero, los vericuetos de uno de los poetas más consecuentes con los cambios que imprimía el inapelable paso del tiempo. En este sentido, Canal fue uno de los escritores menos complacientes consigo mismo y alguien que dibujó con tal fuerza una de las formas de ver su provincia, que ese modo duró más de medio siglo.

Si tuviera que elegir al escritor santiagueño que mejor reflejó la cultura como frontera, no dudaría en dar el nombre de Jorge Washington Ábalos. Es un caso extraño ya que se trata de alguien que no había nacido en esta provincia, que vivió la mayor parte de su vida fuera de estas tierras y que eligió otro destino para pasar sus últimos años. Nadie en su sano juicio, sin embargo –y aquí esta aseveración es rotunda– se atrevería a negar, ni siquiera a dudar de la entraña profundamente santiagueña de sus páginas. Detrás de su aparente simplicidad, la obra de Ábalos es una de las más ricas y complejas. Nadie reflejó como él las alegrías y las penas, la frustración y el orgullo, y las esperanzas y las desesperanzas de las criaturas que deambulan por un territorio en donde se cruzan y a veces se enfrentan culturas tan diferentes. Sobre esas criaturas del mundo prodigioso que creó bajo la apariencia de una

opaca cotidianeidad, tratan los dos siguientes artículos. En el primero, intento mostrar la multiplicidad de aquel mundo “del otro lado de la frontera”, que reflejan sus páginas. En el segundo esbozo las estrategias del autor para presentar aquel mundo a quienes estamos “de este lado de la frontera”.

Si las páginas de Ábalos nos muestran las peripecias de un viaje al interior de Santiago como había hecho tres cuartos de siglo antes Pablo Lascano, las de Andrónico Gil Rojas nos muestran, como las de otros escritores santiagueños, el deseo y la angustia de muchos escritores de “el otro lado de la frontera” por pertenecer al mundo de este lado. Ya en un lejano artículo que escribí hace muchos años, señalé la extraña paradoja de que quienes estaban condenados, como Gil Rojas, a escribir con su [pluma de] “cucharita herrumbrada”, tuviesen más respeto por la literatura que los escritores ‘cultos’ seducidos por entonces en las banalidades de la experimentación literaria¹. En este nuevo artículo, en cambio, recojo la seducción que tuvo Canal Feijóo por las páginas de *Los tipos de mi fogón* de don Andrónico. Testimonio de esa seducción es el ejemplar de este libro de edición limitada e impresión muy modesta, que Canal recortó y cubrió de notas con el color rojo de uno de aquellos gruesos lápices de carpintero de los años treinta o cuarenta. Con ese material compuso una imprescindible obra dramática con tintes brechtianos.

Sería incompleta, muy incompleta, una colección de artículos sobre las letras provinciales sin una referencia a la vasta y poderosa obra de Orestes Di Lullo. Repetí tantas veces que Di Lullo es el escritor con mejor prosa de esta provincia, que era alguien que escribía como un clásico, que su presencia es en estas páginas es por cierto ineludible. Por lo demás *ahí* está su obra y al acercarnos a cualquiera de sus páginas podemos comprobarlo. En mi

¹ Cfr.: “De justificaciones, modestias y *captatio benevolentia*” (Rivas, 1987: pp. 193 y ss.).

artículo –cuyo título es una obvia paráfrasis del de una célebre película de Luis Buñuel– traté de encontrar los vínculos entre sus dos libros más deliciosos, *Viejos pueblos* y *La agonía de los pueblos*, con las de uno de su confeso maestro, el andaluz José Martínez Ruiz, conocido en la literatura como Azorín.

A la segunda sección de este libro llamé Memorias porque quise conservar el cálido recuerdo de aquellos que habían sido mis amigos. A casi todas esas memorias las escribí como homenaje cuando ellos se fueron. El primero de ellos, sin embargo, apareció cuando Horacio Germinal Rava, el hombre con el que dialogamos durante muchos memorables domingos, hubiera cumplido cien años. Muchos años antes me había tocado la dolorosa obligación de escribir su nota necrológica, pero al llegar su centenario me di cuenta de que aún estaba vivo el recuerdo de aquel hombre que me contó tantas anécdotas sobre los primeros tiempos de las letras santiagueñas del siglo pasado.

La ausencia del nombre completo de Juan Carlos Rímini en el título de esa página la justifico porque así comenzaban nuestras charlas cada vez que nos encontrábamos. No es por vanidad, sino por una simple acumulación de que a mi edad ya había leído necesariamente muchos libros. Sin embargo, Juan Carlos, con quien éramos casi contemporáneos, siempre había leído muchos más. Me alegra repetir, como lo hice en su homenaje, el juicio de otro amigo en común sobre él: era el hombre más culto de nuestra generación. El que había leído antes y mejor que nosotros, tantos libros que compartimos. Me jacto, en cambio, de recordar el énfasis con el que me agradeció la última vez que hablamos que le hubiera regalado una novela de George Simenon, que él desconocía.

Cuando llegué a Santiago me impresionó la vasta compilación de artículos, poemas, notas, conferencias, comentarios, etc., que Ricardo Dino Taralli publicó sin prisa y sin pausa en sus *Cuadernos de Cultura*. No conocí muchos

emprendimientos tan perdurables como ese en otras provincias. Ni tampoco, un registro tan vasto de quienes habían escrito y escribíamos en la provincia como en aquella publicación que dirigía Ricardo. A esa tarea la realizó desde la Dirección de Cultura de la Municipalidad de Santiago. Cuando dejó esa repartición, la reinició en otro lugar con otro nombre y el mismo énfasis.

Juan Rafael escribió más de una quincena de libros sobre los problemas, los pensadores y la realidad de su provincia. Pertenecía a esa clase de hombres de nuestra tierra, que concebían intensamente a Santiago como un problema que teníamos que resolver entre todos. A lo largo de su vida, Rafael se preocupó por mejorar la vida y el destino de sus comprovincianos. Más allá de estas virtudes no puedo olvidarme de su generosidad, de su buena educación, de su amplitud de criterio y de esa ejemplar urbanidad con que aceptaba y respetaba todas las ideas.

Todavía recuerdo la temblorosa voz de Marta Terrera cuando me llamó por teléfono y me dijo “Carlos Manuel no está”. Recuerdo que lo repitió como si quisiera convencerse de que lo que decía era cierto. Lo recuerdo para reconocer que no es mío el título con el que evoqué la partida de Carlos Manuel Fernández Loza en aquella página. No sé cuántas veces hablamos con él de los misterios de la vida y de la literatura, pero en esta tarea de recordar no puedo olvidarme de aquel día que en un café del centro me dijo que no debíamos confundir la literatura compleja con la literatura complicada. Ya estaba oscureciendo y caía una fina lluvia sobre nosotros pero seguimos hablando, porque no todos los días un escritor nos confiesa, aunque sea indirectamente, cuál era el secreto de sus páginas.

Con Dardo del Valle Gómez me unía una firme amistad que nos acompañó más allá del tiempo y la distancia. Durante largo tiempo lo visité en la Dirección General de Cultura, casi todos los días. En esos años conocí a un hombre de una caudalosa generosidad y profundamente

apasionado por su tarea. Recibió muchos homenajes después de su muerte. Me hubiera gustado que a gran parte de ellos se los hubieran otorgado durante su vida, ya que tanto lo merecía. Ajeno a esas menudencias, sin embargo, Dardo siguió siendo el mismo hombre que escribía coplas y sonreía. Siempre recuerdo el respetuoso pudor con que, a pesar de nuestra larga amistad, me preguntó tímidamente si podía entregarme algunas de sus coplas para que yo las leyera. Y la humildad y el profundo agradecimiento con que escuchó mi juicio.

Si tuviera que dar el nombre de un perfecto académico no vacilaría en elegir el de Octavio Corvalán. Me resultaba imposible imaginarlo en otro escenario que no fuera el de las universidades y los centros de investigación. Sin embargo, fuera de esos ámbitos Octavio era un hombre muy afectuoso y una profunda calidad humana. En diferentes lugares y circunstancias dos destacados profesores lo definieron uno como “el maestro Octavio Corvalán” y el otro, como “uno de los espíritus más exquisitos que he conocido”. Coincido con ambos juicios. Quienes lo conocíamos y tuvimos el privilegio de compartir su amistad, conocíamos también su exquisito humor, los frutos de su ingenio y el profundo afecto, disimulados por su timidez y su alta urbanidad. Había conocido las más altas universidades de su tiempo, sin embargo nunca había perdido la sensibilidad de aquel muchacho que había crecido en el interior santiagueño.

El único recuerdo, la única memoria que conservo del “profesor búlgaro” que da título al último artículo de este libro, proviene de una breve conversación durante un congreso de literatura en San Miguel de Tucumán. En realidad esta página iba a ser independiente de las otras y la había titulado Herencia, porque se trataba nada más y nada menos que un reiterado agradecimiento por haber recibido como herencia desde la cuna el milagro de la lengua castellana. Ella me acompañó a lo largo de mi vida y espe-

ro que me acompañe hasta el final. Sería hipócrita negar que durante mis ya largos años no he conocido la exaltación de otras lenguas, muchas veces sustentadas con tesis absurdas. Lo lamento. Me siento muy conforme con la mía. No desconozco tampoco que figuras sobresalientes como el polaco Joseph Conrad, el ruso Vladimir Nabokov o aun el vasco Miguel de Unamuno llegaron a ser maestros en el uso de otras lenguas con las que no habían nacido. Lo reconozco y lo celebro. Me gustaría tener su talento y poder hacerlo. Me lo impiden mi ignorancia, mis limitaciones y mi profundo orgullo por haber heredado la increíble riqueza de mi lengua.

José Andrés Rivas
Febrero de 2014